



INFORMACIONES

CUADERNOS DE CULTURA E INFORMACION GENERAL

No. 1

SAN JOSÉ, COSTA RICA — 14 DE JULIO — AMÉRICA CENTRAL

1946

CATORCE DE JULIO

El 14 de julio de 1789 es, por excelencia, la fecha simbólica de la libertad humana, en que la antigua forta eza levantada a fines del siglo XIV volvió a manos de un pueblo que acababa así, en cierto modo, con el absolutismo de los reyes y con el viejo mito de las castas privilegiadas.

Como la mayor parte de las creaciones del hombre,—hechas siempre para un propósito noble y aplicadas en seguida con opuestos fines—, en un principio aquella mole de piedra, que se edificara entonces en las afueras de París, no fue sino una simple fortificación en la puerta de San Antonio, cuyos gastos de construcción sufragaron los habitantes de la capital francesa, para resguardo de su ciudad. Los reyes y los gobiernos convirtieronla luego en lugar de reclusión, hasta que el pueblo no se apoderó nuevamente de ella, al son del más inmortal himno patriótico que han cantado los hombres en la tierra. No eran sino dos torres, la del Tesoro y la de la Capilla, que defendían el camino a París; después vinieron dos más, luego otras y otras; se les rodeó de fosos, se les introdujo hartas modificaciones. Goujon adornó su puerta con algunas esculturas y a su vez Blondel la restauró y embelleció más adelante, «con motivo de la entrada triunfal de Luis XIV, después de su matrimonio».

Empero la Bastilla, al par que se engrandecía como edi-

por MANUEL SEGURA MÉNDEZ

ficio, tomaba ante los ojos del pueblo la figura de algo tenebroso. El Duque de Nemours, comenzó a sabers, fue encadenado y encerrado dentro de sus muros en una caja de hierro; en ella estuvo y murió preso el personaje conocido en la leyenda con el nombre de la Máscara de Hierro... Se colmó sus celdas con prisioneros; sirvió de encierro de los partidarios de las nuevas ideas filosóficas; en 1657 un tal Dangeau fue llevado ahí por haberse dado de puñetazos con alguien en los salones del rey. Sea lo que fuere, haya o no exageración en lo que se ha dicho, la Bastilla

fue pronto cosa que repugnó al pueblo francés, porque vino a ser como la mazmorra del espíritu que en ese momento pugnaba por los derechos del hombre, en una de las luchas más fecundas, no solamente para sí. También para los demás pueblos del orbe.

Conocemos bien el empeño de otras naciones por la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas; sabemos y admiramos el sacrificio a que se han sometido otros conglomerados a quienes la humanidad debe igualmente hoy imponderables resultados de sus heroicas bregas; creemos que la guerra de ayer no más ha venido a afirmar esas libertades, contra el despotismo de los menos, tras una conflagración dolorosa, honda, sobrecogedora, sin precedentes ni en los anales bíblicos, ni en las narraciones herodóticas. Pensamos, sin embargo, que la reacción del pueblo, ese día en el cual pasó de nuevo a sus manos la antigua mole de San Andrés, asumió para siempre los caracteres de un símbolo eterno. Al ser ocupado el vetusto edificio, derribábase el absolutismo real, suprimíanse las viejas castas desgastadas, dábale un sentido real y justo a la vida que era como un préstamo por muchos, y el hombre, el hombre de aquí y de allá, sin distinguos, el hombre tal cual, volvía por sus fueros al son del más inmortal himno patriótico que han cantado los hombres en la tierra.

A nuestros lectores:

¿Una revista más?... Una revista, no. Un cuaderno que con mucha aprehensión sale a la luz en una hora llena de dificultades: falta de papel, costo de impresión. Sería quizás razonable esperar, pero; ¿esperar a qué? A que se termine la crisis... La crisis, esta palabra que vemos escrita en todos los idiomas del mundo sin saber demasiado lo que es.

Estas páginas salen, pues. Llegarán a sus manos para su documentación y su distracción espiritual. Hay campo para ellas.

Lectores, ustedes serán los árbitros.

SUSCRIPCIONES:

6 meses	₡ 2.50
1 año	4.00

Toda correspondencia, críticas, sugerencias, o demandas, pueden ser formuladas a INFORMACIONES, Apartado 1952. San José, Costa Rica.

GEORGES BIDAULT



Su Personalidad

POR

MICHEL CARRY

Georges Bidault es la más destacada personalidad política del M. R. P., el partido que acaba de obtener una sensacional victoria en las elecciones francesas del 2 de junio.

Se trata de un hombre menudo, ágil, siempre vestido con discreta elegancia. Tiene, con su apariencia de intelectual, firmes condiciones de hombre de acción: reciedumbre de carácter, valor personal, como los probó en la resistencia; constancia en sus ideas y en sus planes políticos.

Georges Bidault llega muy joven a las más altas posiciones políticas, pues solamente cuenta 45 años. Nació, en efecto, el año 1901, en Moulins, cerca de Vichy. Estudió en un colegio de jesuitas y luego prosiguió sus estudios en París, dedicándose, una vez terminada su preparación universitaria, a la enseñanza. Al declararse la guerra, era profesor de Historia del Liceo Louis Le Grand, el centro de enseñanza secundaria más prestigioso de Francia.

El señor Bidault pertenece a esa generación francesa que quiso acercarse a Cristo al pueblo. Se ha formado en la alta escuela de los católicos que dirige el gran escritor Maritain y su pensamiento político responde a la inspiración de la democracia cristiana, cuyo gran maestro fue Lamennais, en el siglo pasado, y que produjo una serie de valores en la filosofía y en la literatura actuales. Georges Bidault y el estado mayor del M. R. P. han comenzado a realizar brillantemente, con el éxito de su partido en el campo político, las ideas que aquellos católicos demócratas habían predicado en el libro, el periódico y aún en la cátedra sagrada.

Sus tareas de profesor no le impi-

dieron consagrarse activamente, ya antes de la guerra, a la política y al periodismo. A la edad de 30 años empezó a publicar el diario «*L'Aube*», de tendencia democrática cristiana. En sus días iniciales, «*L'Aube*» era una publicación modesta con sólo 15.000 ejemplares de tirada, pero bien escrito. Georges Bidault hacía el editorial que enseguida se hizo notar como uno de los más brillantes en la prensa francesa. «*L'Aube*» defendió siempre la posición avanzada dentro del catolicismo, y se destacó durante la guerra de España, por su resuelta posición antifascista y antifranquista y su apoyo a los republicanos e pañoles.

Al estallar la guerra mundial, Georges Bidault abandonó su cátedra del Liceo Louis Le Grand para servir como cabo en su regimiento. Cayó prisionero y, al firmarse el armisticio, en junio de 1940, fue puesto en libertad, tras un cautiverio de año y medio. Como era violentamente antihitleriano, no quiso volver a desempeñar su cátedra en París, ocupada por el enemigo; pero aceptó el mismo cargo en el Liceo de Lyon, donde enseñaba Historia en los comienzos de 1942.

De esta época data su iniciación en la lucha clandestina contra los alemanes y contra Vichy. Fundó un «*Boletín de Francia Combatiente*» que se publicaba tres veces por semana y contenía abundantes informaciones sobre el movimiento de la Resistencia y acerca de la marcha de la guerra, dando a conocer los comunicados del alto mando aliado y noticias militares y políticas desfavorables al Eje. A fines de 1942, fue detenido por orden de Laval, pero consiguió escapar. Entretanto se desarrollaba el movimiento de resistencia, organizándose bajo la di-

rección de un Consejo Nacional, a cuya pre-identia fue elevado el señor Georges Bidault.

Esta etapa de la vida de Georges Bidault es extremadamente activa y peligrosa. La Gestapo centró su atención en él y comenzó a hacerle objeto de una constante persecución, a la que logró hurtarse a fuerza de astucia y habilidad. En estas rudas aventuras entró en relación, aunque sin conocerla personalmente, con una gran resistente, la señorita Borel, funcionaria del Ministerio de Relaciones de Vichy, que aprovechaba su puesto oficial para servir a la patria y a la resistencia, y que también fue perseguida por la Gestapo. Algún tiempo después, ya liberada Francia, Georges Bidault conocería a esta compañera de lucha con la que contrajo matrimonio. Así, pues, aun en este orden afectivo y privado, fueron decisivos para el señor Bidault aquellos años de riesgo y de combate.

Cuando el General de Gaulle formó el primer gobierno provisional de la República, Georges Bidault fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores, cargo que desempeñó a través de todos los cambios políticos que sobrevinieron desde la Liberación hasta hoy.

Como Ministro de Negocios Extranjeros, el señor Bidault se distinguió por su firmeza en sostener la tesis de que el Ruhr debía ser internacionalizado a fin de desarmar a Alemania de modo permanente, privándola de su instrumental económico de agresión, y beneficiando, a la par, a todos los Estados pacíficos de Europa, con las riquezas de esa región, sin dejar de atender a las necesidades de paz de la economía alemana.

DOS TAREAS; UNA SOLA MISION

Por MAURICE SCHUMANN

Francia tiene nuevo gobierno, que preside Georges Bidault. El Movimiento Republicano Popular ha reivindicado sus responsabilidades. La Asamblea Constituyente, por su parte, ha sancionado el hecho. El hombre por ella elegido cumple su mandato agrupando a todos los republicanos dentro del espíritu de la Resistencia, no sin deplorar que algunos de ellos pretendan atribuirse una absurda exclusividad. Hasta el final y a plena luz, hará respetar la regla del juego; es decir la voluntad nacional.

Tarea noblemente abrumadora la que se ha echado sobre los hombros Georges Bidault. En el momento en que acepta la carga del poder, representa a Francia y, con ella, el equilibrio, en la Conferencia de los Cuatro. El ascendente y el crédito que le corresponden por sí propio influyen tanto en las deliberaciones interaladas, que no le cabe el derecho de sustraerse a ellas ni de reducir el tiempo que les consagra. Pero sus dos misiones no son, en último análisis, solicitudes contrarias: está bien que el hombre que forma el gobierno francés sea, al mismo tiempo, el que haga la paz en nombre de Francia. Porque las dos tareas requieren de él las mismas cualidades: conciliar empleando la firmeza; prevalecer mediante la voluntad.

El camino del Luxemburgo al Palais-Bourbon le recuerda, varias veces cada día, que Francia reconstruye su régimen en medio de un universo implacable en el que todavía no ha terminado de recobrar su rango. ¡Ojalá que todos los que representan a los franceses, orientan sus movimientos o guían sus opiniones recorran el mismo trayecto con el pensamiento! Ninguno de ellos se atreverá entonces, con una exigencia o una negativa, volviendo a las agitaciones o a las habilidades de la ante-guerra, a estorbar el doble, el único esfuerzo de Georges Bidault para impedir la quiebra de Francia y del mundo.

(Exclusivo de Pages-de-France)

GOERING, COLECCIONISTA DE ARTE

Esta tarde le dado un paseo maravilloso. Una hermosa flamenca, fresca como una lechera, me acogió con una sonrisa abierta... Al lado, muchachitas de naricilla pícaras, loqueaban en unos establos Trianon... Cerca de ellas, niñas pálidas, las hermanitas de Clara d'Ellébeuse, abrían inmensos ojos de un sepia ingenuo... Y estos vestidos azul-agrio, estas combinaciones moradas, muy cortas, eran, evidentemente, modelos de Montparnasse 1920...

Por CHARLES PICHON

—Pero, vamos,—le grité a mi guía—si es Elena Fourment! Pero si es Fragonard. Pero si es María Laurencin. Pero si es Van Gongen. ¿Quién pudo acumular estas maravillas?

—¿Quién?—replicó mi guía. Únicamente un hombre o poco menos. El coleccionista, por lo demás, está ahora en uno de los bancos de Nurem-

berg. Se llama Hermann Goering.

Es una historia extraordinaria de esas obras maestras que robadas a Francia por la Wermacht se agrupau hoy en el museo del «Jeu de Paumes» en París. Y eso que no se trata sino de robos a particulares, y no de los que han sufrido museos como los de Vincennes, Nantes, el Vieux-Marseille, Amiens, los Inválidos.

Ningún escrúpulo: esas piezas, reu-

Pasa a la pág. 7.

EL CIUDADANO MARQUES DE LAFAYETTE

"HEROE DE DOS MUNDOS"

FOR EDUARDO MAYORA

En la primera guerra europea al-
guien señaló la escasez de esas frases
históricas, delicia de la anécdota y flor
de leyenda; se admitió que la mejor,
fue dicha por un oficial del ejército
americano al desembarcar en Francia:
¡Aquí estamos Lafayette! En tres pa-
labras se compendia, desde el punto
de vista sentimental, la sincera gra-
titud de un gran pueblo hacia el varón
entusiasta y valeroso que un día cru-
zó el océano Atlántico, en nave repleta
de armas y municiones fetada expre-
samente y a sus expensas, contra el
parecer de sus familiares para ofrecer
a los Estados Unidos sus servicios en
la guerra de emancipación.

El gesto romántico de Lafayette tie-
ne extraordinaria importancia, era un
signo de los tiempos; demostraba en
forma evidente, que en la vieja Euro-
pa había personas profundamente in-
teresadas por los sucesos de América,
y dispuestas a prestar su ayuda eficaz
a la causa de la independencia de estas
tierras.

En la fragata de Lafayette iba Fran-
cia, así lo estimaron amigos y adver-
sarios. Desembarcó en Georgetown
en junio de 1777; el Congreso america-
no lo recibió con viva simpatía y
gran generosidad, nombrándolo mayor
general del ejército. En setiembre
del mismo año tomó parte activa en la
batalla de Brandywine desfavorable a
las fuerzas insurgentes, fue un bautis-
mo de fuego y de sangre, pues, lo hi-
rieron de alguna gravedad. Conva-
lescente todavía en diciembre del ci-
tado año, se hizo cargo de la división
Virginia y se distinguió en el combate
de Monmouth.

Al llegar a América noticias de un
estado de guerra entre Francia y la
Gran Bretaña, pidió permiso para re-
gresar y arribó a Brest en febrero de
1779. La recepción que le brindaron
sus compatriotas fue excepcionalmente
cálida; Lafayette aprovechó hábil-
mente esa marea creciente de popula-
ridad y logró convencer al gobierno
francés que interviniese en la lucha,
enviando a favor de los americanos un
cuerpo expedicionario de cuatro mil
hombres al mando del general Ro-
chambeau. De vuelta a América se
incorporó de nuevo al ejército y supo
manobrar siempre, frente al enemigo,
con habilidad y buena fortuna hasta
la capitulación de las armas inglesas
en Yorktown.

Tan brillantes y desinteresados ser-
vicios, prestados en circunstancias de
gran trascendencia histórica, le gran-

jearon el afecto y la gratitud de todo
un pueblo; Washington, el glorioso
patriota, le dispensó singular cariño y
verdadera amistad; amistad que sus
descendientes conservaron como tradi-
ción preciosa. Prueba este aserto el
honrosísimo encargo que la familia de
Washington —devota de la libertad—
le encomendó en 1825, al pedir a La-
fayette que enviara a Bolívar (un re-
trato, medallas y cabellos de su ilustre
antecesor). Delicado tributo que la
familia del prócer y por medio de un
héroe, rindió al Libertador.

Al retornar a Francia otra vez, La-
fayette se encontró que a los 27 años
era uno de los hombres mejor repu-
tados de Europa; del prestigio y la
consideración que gozaba le dieron
testimonio público tres monarcas: Luis
XVI, Federico II de Prusia y José II
de Austria; estas distinciones bastan-
tes para colmar la ambición del Mar-
qués, no llenaron el alma del ciuda-
dano que en América había vertido su
sangre defendiendo la libertad.

Interesado por los asuntos públicos
de su patria, el Rey lo llamó para in-
tegrar la Asamblea de Notables de
1787, donde mantuvo su espíritu li-
beral y se pronunció por las reformas
contra los abusos, siendo uno de los
individuos que más trabajó para que
se convocaran los Estados Generales
de 1789, en los que tomó asiento co-
mo diputado por la nobleza de Riom.
A este congreso presentó y en cierto
modo impuso su «Declaración euro-

pea de los derechos del hombre». Se
ha dicho de ese decálogo del hombre
libre, que tiene más frases pomposas
que realidades políticas y era inadec-
cuado para la Europa absolutista de
la época; sea de esto lo que fuere, la
verdad es que Lafayette lo llevó de
América y lo hizo promulgar con ca-
rácter legal por una asamblea france-
sa; que llegó al corazón de muchos
hombres oprimidos que vieron en ese
documento una promesa de redención.

Era vicepresidente de la famosa
Asamblea el 14 de julio, cuando el
pueblo abatió la Bastilla, al día si-
guiente fue proclamado Comandante
de la Guardia Nacional, improvisado
cuerpo de milicias burguesas, cuyos
vínculos con la masa popular eran
más fuertes que su afecto por el tro-
no. En tan privilegiada situación, su
influencia y su autoridad fueron el
árbitro supremo; si se hubiera incli-
nado de lado de la monarquía quizá
la salva; si se hubiera puesto al fren-
te de la revolución quizá la dirige;
pero era un hombre moderado, cen-
trista que diríamos hoy, por tanto no
satisficía a ninguno de los bandos en
pugna; luego, pasó su hora, muy bri-
llante pero nada más.

En las tumultuosas jornadas del 5
y 6 de octubre quiso persuadir al pue-
blo de París, hambriento e irritado,
especialmente las mujeres, que no
fuera a Versalles, residencia real; no
lo consiguió y tuvo que marchar de-
tras de él. Su presencia al frente de
la Guardia puso fin a los excesos y
salvó a los Reyes de un atentado per-
sonal, de parte de aquella muchedum-
bre poseída por el odio. En 1790 el
propio Rey pidió que la Guardia es-
tuviera a su servicio, esto dió lugar
a la efectuar la frustrada fuga de Va-
rennes, que Lafayette ordenara su
detención. Nombrado teniente gene-
ral se vió obligado a reprimir con
energía el Motín del Campo de Marte,
disparando contra el pueblo, a costa
de la popularidad que tanto amaba.

Diputado en 1818 y 1823, hizo la
oposición al absolutismo de los Bor-
bones, y siempre defendió la libertad
individual y la de prensa. En 1824
vino a América por última vez, el
pueblo americano lo acogió con deli-
rante entusiasmo y le prodigó múlti-
ples pruebas de cariño y respeto; el
Gobierno le donó grandes extensiones
de tierra y un millón de francos. En-
tonces se acuñó la frase: «Héroe de
dos mundos». Pocos hombres han te-

INFORMACIONES

quiere ser su periódico

INFORMACIONES quiere ser un periódico favorito de Ud. Quiere publicar cuanto a usted agrada e interesa y quiere servirlo en la medida de lo posible. Publicará con suma agrado toda noticia de interés que envíe usted, así en cuanto se refiera a iniciativas, insinuaciones, sugerencias, etc., como en lo que concierne a notas personales, datos de interés, notas curiosas, etc., que a la vez que cumplen su deseo den amenidad y variedad a este periódico.

Sus ideas y colaboraciones serán cordialmente recibidas.

Envíase dirigiéndolas por correo al apartado

nido la fortuna de vivir su propia apoteosis, Lafayette fué uno.

Pablo Mario, José Gilberto de Motier, marqués de Lafayette, rebisneto del Mariscal de Lafayette contemporáneo y conmitón de Juana de Arco, nació en el castillo de Chavagnac, Auvernia, en septiembre de 1757 y murió en París en mayo de 1834, cargado de años y merecimientos. Sus títulos, sus abuelos y su riqueza le deparaban puesto brillante en la corte de Francia; o fructuosa carrera militar en el ejército; sus ideas democráticas y su amor por la libertad lo llevaron por caminos más difíciles hacia destinos más altos.

Como hombre parece sencillo, en realidad es complicado: aristócrata por herencia, inquieto y revolucionario por temperamento, demócrata por convicción, caballero y honrado siempre; dueño de envidiable reputación como militar y de inmenso prestigio como ciudadano, fue en los primeros años de la Revolución Francesa, uno de los personajes de mayor relieve y positivo acento. Momento hubo que todas las esperanzas convergieran hacia él, y tuviera casi todos los poderes en su mano. Sólo le faltó decirse por una causa. Carecía de esa unidad de pensamiento y propósito que caracteriza al verdadero revolucionario. Amaba al pueblo y defendía el trono; enamorado de la forma republicana luchó por sostener la monarquía constitucional. Para los republicanos era demasiado realista; para los monárquicos era sobradamente republicano. Ninguno de los dos bandos lo reclama como héroe propio, aunque los dos lo respeten por su dignidad personal.

Disfrutó el peligroso privilegio de ser objeto en edad temprana, de grandes honores y popularidad excesiva. Esas manifestaciones entusiastas, adulaciones inconscientes de la multitud, no lo corrompieron pero lo halagaron en demasía, creyó que los aplausos son legítimos heraldos de la gloria; olvidó que el pavés sobre el cual las muchedumbres eleva a sus ídolos, es el menos seguro de los plintos; que el favor público, sobre todo en política, es el vorador insaciable de reputaciones. Lo que él creía ser su fuerza, mas bien fué su debilidad.

Por lo demás, es figura política interesante y original. Prestó grandes servicios a su patria y el mejor de todos, haber puesto honrosa e indestructible base para la amistad franco-americana.

EL GRAN RELOJ DE ESTRASBURGO

FOR E. ALPHOND

Para los viejos artifices que construyeron los relojes de las catedrales y de algunos antiguos palacios, sus máquinas eran simples aparatos destinados a medir el tiempo. Solían concebir sus artificios con un espíritu cósmico, como si fueran pequeñas réplicas del gran universo. Es natural, después de todo, que asociaran la marcha de sus relojes con el caminar de los astros. ¿El mundo estelar, la vasta máquina de los cielos, no venía a ser el reloj de Dios?

Al mecanismo que marcaba las horas y los minutos le añadían frecuentemente otro destinado a mover el indicador de un calendario perpetuo. Hasta hay relojes, como el de la Catedral de Estrasburgo, en los que se percibe una concepción astrológica.

Así, un reloj se convertía en expresión de toda una filosofía, de toda una religión.

Del mismo modo que los fundidores de cañones solían ilustrar con inscripciones alusivas la potencia de sus piezas, también los relojeros adornaban sus obras con solemnes frases latinas referentes al tremendo misterio del tiempo. ¡Buen tema para ejercitar la concisión de los ingenios que saben hacer frases lapidarias! Una de estas locuciones que era bastante corriente, hace referencia al paso inevitable de las horas y dice así: *Todas hieren, la última mata.*

Estas antiguas máquinas han sido hechas con la intención de que esa hora final, la definitiva, la que mata, tarde, para ellas, muchos, muchísimos siglos. Querían los relojeros viejos que sus relojes fuesen como eternos testigos —inalterables y firmes— del fluir del tiempo. Es preciso reconocer que lograron este objetivo en cuanto es humana-

mente posible. Así, en muchas ciudades europeas suele haber algún renombrado reloj que ha visto pasar muchas generaciones y al cual se conoce con un apelativo cariñoso. Cuando viene un visitante forastero a la ciudad, se le conduce a ver esta maravilla a la hora en que ciertas figurillas simbólicas aparecen realizando los previstos e iguales movimientos que les impuso su constructor hace varios cientos de años. Ya no queda memoria de los huesos del artífice, pero sus hijos de metal no dejan de cumplir el mandamiento secular que les fué dado y cumplen su misión fieles e impasibles. Cambian las cosas humanas, van y vienen los imperios, pero allí están las viejas imágenes con sus rígidos y precisos gestos, siempre a su hora...

Uno de estos famosos relojes es el de la Catedral de Estrasburgo, cuyo gallo, el gallo francés, cantó indefectiblemente bajo las bóvedas de la iglesia. Conoció muchos sucesos y batallas, registró las horas buenas y las horas malas —libertad y dominación— y sigue en su puesto sin faltar a las periódicas citas que le va dando el tiempo. Al dar las doce en el gran reloj de Estrasburgo pasan lentamente los doce apóstoles—cada uno preside a su hora—majestuosos y serenos.

El reloj de la Catedral de Estrasburgo tiene muchas curiosidades. Desde luego, no le falta el calendario perpetuo. Pero la más interesante de sus singularidades es un mecanismo que se supone fundado en principios astrológicos. ¿Habría osado el viejo artífice penetrar en los misterios del futuro sobreviviéndose en su obra?

A un tiempo mismo que el premio Goncourt de 1940—reservado desde entonces por la Academia de los Diez a la obra de un prisionero o de un deportado—será conferido hacia el 29 de junio próximo el Premio Théophraste Renaudot. En la terminología ordinaria ya se dice el *Renaudot*, así como se dice el *Goncourt*, lo que constituye una manera de consagración.

Porque si es verdad que en Francia existen más de doscientos cincuenta premios literarios, cierto es asimismo que la mayor parte de ellos es de índole confidencial y que no pocos desaparecen tan pronto como surgen. Para resistir a la usura del tiempo es menester que una recompensa de este orden responda a una manera de necesidad y corresponda a una utilidad. El secreto del éxito del Premio Goncourt consiste en haberse propuesto la finalidad, bajo la égida de dos novelistas que crearon la escritura artista de coronar «el mejor libro del año». En sus iniciales selecciones, los miembros de la Academia Goncourt supieron impo-

del periodismo francés. Diez como los Goncourt, pero sin otra misión que la de su fantasía y de su gusto por las bellas letras, los miembros del jurado Renaudot innovaban en todos los géneros, porque su premio no lleva la añadidura de una recompensa en especie y porque el escritor laureado del año precedente goza del único privilegio—material por cierto—de presidir el ágape que los informadores literarios celebran en casa de Drouant—Place Gaillon,—en el primer piso, en tanto que los Goncourt brindan con el tradicional «blanc de blanc» en el redondo salón del segundo piso.

De suerte que, en sus orígenes, el Renaudot se presentaba a guisa de salvamento del Goncourt. Pronto se trocó en correctivo de éste. Y muy a menudo ha podido pasar por un premio de «sustitución», en el sentido de que la prensa ha señalado que el autor laureado con el premio Renaudot hubiera podido ser legítimamente el que alcanzase el Premio Goncourt. Y he aquí por qué este premio complementario, en un principio tomado «a broma», normalizado

Demartres, Gaston Picard, Maurice Noël, Marcel Sauvage, Luc Estang, Maurice Nadeau y Francis Ambrière. Un puesto se encuentra vacante y presto será ocupado. Los escritores laureados han sido, desde 1926, los siguientes: Armand Lunel, Bernard Nabonne, André Obey, Germaine Beaumont, Philippe Hériat, Louis-Ferdinand Céline, Charles Braibant, Louis Francis y François de Roux. El Renaudot de 1936 fué Louis Aragon, el del año siguiente fué Jean Regissart, en 1938 lo fué Pierre-Jean Launay, y en 1939 Jean Malaquais. El premio de 1940. «reservado», será, como queda dicho, conferido en Junio. Paul Mousset en 1941, Robert Gaillard en 1942 y André Soubiran en 1943, fueron también agraciados con el premio. Se guarda el recuerdo del premio de 1944 otorgado a Roger Peyrefitte por las *Amistades Particulares* y del de 1945 conferido a Henri Bosco por *Le Mas Théotim*. Sin que la moviese una voluntad de denigración, el conjunto de la prensa pudo entonces opinar que estas dos obras eran en verdad superiores a las

Noticias Literarias de París

EL VIGESIMO PREMIO RENAUDOT

(Premio de Periodistas)

POR PIERRE DESCAVES

nerse al espíritu público y provocar una corriente de simpatía que encarnaba en ediciones muy apreciables de las obras de los escritores que habían merecido el lauro.

¿Aguarda la misma suerte al Premio Théophraste Renaudot? Estamos tentados a responder afirmativamente, dada la triple condición que llena este premio literario, cuyo nombre y prestigio llaman la atención y la simpatía de editores, autores y públicos.

—Pero qué cosa es este premio del que tanto se habla y cuyos orígenes y creación se conocen hasta ahora en forma tan exigua?

Este premio fué fundado en 1926 con el fin de llenar los vacíos que dejaba entonces la Academia Goncourt a los informadores literarios mientras deliberaba—a veces larga y estrepitosamente—acerca del otorgamiento de su premio. En un «prólogo» a la *Vida de Théophraste Renaudot* que editaron en 1929, los diez informadores pertenecientes a diez periódicos parisienses recordaban de qué modo habían resuelto colocar su premio bajo la advocación del ilustre padre

después, ha conseguido erigirse en Premio de Consagración.

Después de haber otorgado su décimo premio, los Renaudot se preguntaban en 1936 si «su pequeña jargarreta inicial» no había durado más de la cuenta. Se sucitó una protesta general. De todas partes se les pidió continuar. Es lo que han hecho y con la mayor conciencia, de lo cual me tomo la libertad de dar testimonio, porque me cabe el honor de formar parte del jurado Renaudot desde 1930.

A la hora actual está el jurado compuesto por los señores Georges Charensol, Pierre

que los Goncourt habían laureado con su palma.

El atento estudio de las dos nóminas de escritores laureados es de lo más revelador y no se mencionará, como ejemplo de discernimiento y de anticipación en favor de los Renaudot, sino el caso de un novelista como Philippe Hériat, a quien los Renaudot otorgaron su premio en 1931 por *Et Innocente* y que no fué coronado por los Goncourt sino en 1939 por *Los Niños Consentidos*.

Al menos, la comparación no es razón—y en lo personal estamos muy vinculados—más bien familiarizados—con los Goncourt para instituir un proceso o para forzar paralelas. El premio Renaudot se ha aprovechado de lo que el otro ha sufrido de cortos desfallecimientos y de periódicos eclipses.

Pero ahora Goncourt y Renaudot corren parejas. En suma, dos premios mueven mayor ruido que uno solo, cuando el segundo escolta al primero; y la República de las Letras no tiene sino congratularse de la emulación que los hermanos menores del Renaudot aportan a sus mayores del Goncourt.

SALUDO a la PRENSA

INFORMACIONES no quiere dejar pasar estas primeras páginas sin hacer llegar su saludo a la prensa toda del país. En forma especial, enviamos nuestras expresiones de afecto a la Asociación Nacional de Prensa, que agrupa, con un amplio espíritu de comprensión, a todos los periodistas en activo, todos ellos buenos amigos nuestros y compañeros estimadísimos.

PAUL CLAUDEL EN LA ACADEMIA

POR E. ALPHOND

La elección de Paul Claudel para la Academia Francesa fue una empresa no carente de dificultades. Pero esta vez por rara excepción, los obstáculos no venían de los electores, pues el triunfo del candidato estaba asegurado de antemano; era el propio elegido quien se negaba obstinadamente a aceptar la *immortalidad* terrestre, va que inmortalidad celestial es uno de los temas constantes de su pensamiento y de su obra.

Paul Claudel llega a la Academia a una edad que, incluso bajo la «Coupole», puede considerarse como muy avanzada. En efecto, nació en 1868, cuenta, pues, 78 años.

Una larga vida llena de obras y experiencias. Paul Claudel viajó mucho, vivió mucho, escribió con relativa parquedad, pero su producción es apasionada e intensa. Viajó mucho por ser miembro de la carrera diplomática desde 1890 y haber desempeñado misiones oficiales en Nueva York, Boston, Shanghai, Fu-Chen, Tien-Tsin, Praga, Francfort, Hamburgo, Roma...

Debe recordarse que ha sido Ministro de

Francia en Río de Janeiro después de la otra guerra.

La estadia de Claudel en el Japón es la que dejó mayor huella en su obra literaria. El tema oriental aparece en muchas de sus obras y es la materia, entre otras, de «Un coup d'oeuil sur l'ame japonaise».

Paul Claudel tiene detrás de sí una vida literaria de cincuenta años. La fama se mostró algo remisa con él. Hasta 1914, apenas era conocido, salvo de una minoría de admiradores. Entre 1815 y 1930, goza de una reputación más bien oficial. Sólo en los últimos años alcanza una dilatada popularidad, tanto en Francia como en el extranjero.

¿Por qué razones fué con él esquivo, durante tanto tiempo, la popularidad? En primer término, Paul Claudel figura en la vanguardia de los escritores franceses que alzaron estandarte de rebelión contra el

francés clásico. Para estos artistas, la clara serenidad de la lengua francesa era una cadena que afaba su pensamiento y una herramienta, pálida, gastada y gris, por su misma perfección. Necesitaban algo más adecuado para expresar ideas que conspiraban contra el tradicional nacionalismo de Francia. Jean Giraudoux le atribuye la primacía entre los que devolvieron «a la lengua y al pensamiento franceses la atmósfera poética que en parte había perdido».

En cuanto a su misma técnica poética, no podía favorecerle en momento de su carrera para generar amplios sectores de público. Escribe en tono bíblico, prescinde de la rima como de un adorno superfluo que impediría el vuelo libre de su pensamiento aprisionado. La Biblia y Shakespeare son probablemente las lecturas más frecuentadas de Claudel.

También se ha dicho que el racionalismo le puso la proa, particularmente cuando empezaba a difundirse, después de la otra guerra mundial. El catolicismo de Claudel, en efecto, no sólo es rigurosamente ortodoxo, sino, por así decirlo, agresivo y siempre presente. Tiene algo de predicador y últimamente en sus horas de gloria, de apologetico casi oficial. Se ha dicho de él que se había convertido en una especie de moderno Padre de la Iglesia. Quizá esta postrera etapa de consagración haya sido la menos afortunada para su obra, pues escribió demasiados poemas de circunstancias, tornándose dócil a las sollicitaciones fáciles que acompañan a la gloria.

El momento óptimo para Paul Claudel se hizo esperar hasta que la atmósfera de espiritualismo que domina en el pensamiento moderno vino a favorecerle. Por eso, su entrada en la Academia no es sólo el acceso de un gran poeta al honor oficial en el campo de las letras, sino también, en cierto modo, expresión simbólica de las tendencias de una época. Ello, evidentemente, sin mengua alguna para sus títulos literarios que son los más altos e indiscutibles.

Desde sus «Cinq Odes» y antes, desde que se inicia en el teatro, con la «Tete d'Or», el primero de sus dramas e igualmente en sus obras en prosa de que es ejemplo un título como «Seigneur, apprenez nous a prier»: el pensamiento de Claudel tiene una fiel continuidad y se inspira en la religión, en su sentido vulgar y en su sentido más profundo; afirma constantemente su fe en la realidad del espíritu, y Dios está junto al hombre en cada una de sus frases.

GOERING, COLECCIONISTA DE ARTE

Viene de la pag. 5.

nidas por el saqueo, pertenecían a particulares, lo más a menudo a judíos: Rothschild, David, Weill, Bichofsheim, etc. Rosemberg, por su parte, poseía un medio infalible para hacer que le «cediesen» las obras de arte: «¿No está de acuerdo con darme este lienzo?—decía—. Lo siento, pero debemos arrestar a su mujer (o a su hija, o a su madre) en detención especial». Por supuesto, los interesados daban su conformidad,—lo que, más de una vez, no le libraba de nada.

Sin embargo, la justicia inmanente velaba. Velaba bajo la forma de una señorita modesta y discreta, Madeimseille Rose Valland, a la cual los ocupantes no concedían ninguna atención.

Todas las noches Madeimseille Rose—rata de museo con el mejor motivo—registraba los cajones de esos caballeros, tomaba nota de los depósitos a donde enviaban las obras robadas, copiaba los informes más importantes y lo comunicaba todo a la Dirección de los Museos Nacionales. Los guardianes, sin temor alguno por el peligro que esto entrañaba, la ayudaban en la tarea de espionaje. Gracias a Madeimseille Rose se encontraron la

mayor parte de las piezas, sin vacilación y sin pérdida de tiempo, particularmente el Cordero Místico de Memling, en una mina de Althausel, en el instante en que Seiss-Inguart se disponía a hacer saltar este depósito.

No es sino de justicia mencionar también la ayuda que los servicios franceses hallaron, desde noviembre de 1944, en las autoridades británicas y americanas, particularmente en las comisiones Millan y Roberts.

Fueron los C. I. quienes detuvieron en Francia los trenes alemanes que corrían hacia Berlín cargados con los últimos tesoros robados. Fueron los especialistas americanos militarizados por seis meses los que en su zona de ocupación (donde se encuentran la mayoría de de las piezas), organizaron con una ciencia y una conciencia ejemplares, los *collecting points* donde fueron agrupados, por pisos y por departamentos, los patrimonios de diversos países (pues Bélgica y Holanda y otras naciones han sido igualmente saqueadas). De allí salen, protegidos por policías armados con ametralladoras de mano, los camiones y los trenes que devuelven al castillo de Compiègne, a Chaillot y a otros anexos del «Jeu de Paume»; las seis mil obras maestras del arte francés, o sea alrededor del 80 % de lo robado,

IMPRESA AURORA SOCIAL LTDA.

Edif. esquina sur-oeste del Colegio de Señoritas

LAS JUSTAS LITERARIAS EN AMERICA LATINA

— POR ROGER BASTIDA —

En toda la América Latina existen unos a modo de torneos poéticos entre los bardos populares: los *contrapuntos* de los países de habla española y los *desafíos* de la lengua brasileña. Uno de los más célebres es el que en Argentina inmortalizó José Hernández: el duelo lírico entre el negro y Martín Fierro. Basta leerlo para descubrir de inmediato su origen europeo: es una especie de justa científica en la que cada uno de los adversarios pone al otro cuestiones sobre la tierra, el sol, la luna y las estrellas. Pero por el origen de los interlocutores se ve también que esa guerra en verso es la sublimación de otra querrela: la de los grupos sociales, clases y razas.

El estudio del *desafío* brasileño conduce a las mismas conclusiones. Al lado de formas eruditas, se encuentran otras más populares en que se manifiesta aun más típicamente ese carácter de combate racial y social. Como este género literario es poco conocido en otras repúblicas latinoamericanas, séame permitido dar uno o dos ejemplos de esa producción folklórica. En primer lugar, la disputa del blanco y el negro:

EL BLANCO: La miel para ser buena,
Fábrica en las abejas . . .
Vosotros no podéis negar
Que nada vale vuestra raza
Es una raza maldita.

EL NEGRO: ¡De Caín osáis hablar!
Vuestras palabras me indignan.
Pues nuestra raza negra
Nunca conoció a traidores.
Fue Judas, fue un hombre blanco
Quien traicionó a Nuestro Señor.

O bien, en la disputa entre el hombre y la mujer, en cuanto representantes, no de los dos sexos, sino de los dos grupos sociales antagónicos:

EL HOMBRE: Los pecados vienen de las faldas
Jamás de los pantalones.

LA MUJER: El que vendió a Jesucristo,
Fue hombre, que no mujer.

El folklorista Luis de Camara Gascaud mostró perfectamente el origen hispánico de estas justas literarias; pero prosiguiendo sus investigaciones vio en ellas la continuación de las cortes de amor de la Edad Media y aun más allá: de los cantos alternados de los pastores griegos de Teócrito o de Anaeronte. Nada más justo. Pero todavía cabe ir más lejos. El combate poético es un género que se encuentra más o menos en todos los pueblos. Existe en África entre los herreros y los cantores populares, dos castas de mala fama, que disputan de aldea en aldea, y el vencedor recibe animales en premio. Existía en la antigua China, donde los jóvenes de ambos sexos se reunían en primavera y en otoño en las cañadas o a ambos márgenes de un río, entregándose a toda suerte de competencias (natación, coger el ramillete más hermoso, y también duelos literarios) antes de unirse en esposales que terminaban la guerra en amor. Existe entre los esquimales, donde los procesos toman la forma de luchas poéticas, al son de tambores, en casa de los hombres, y gana el proceso quien supo encontrar los más líricos insultos . . .

* * *

Para comprender bien el *contrapunto* o *desafío*, es necesario, a mi juicio, colocarlos de nuevo dentro de esas costumbres. Son las últimas formas de esos conflictos colectivos que en sus orígenes oponían a grupos y no a individuos: especialmente, los dos grupos oxogámicos de la tribu de la China antigua, al igual que en la Grecia antigua: los cantos buélicos griegos son supervivencias de esas justas, exactamente igual que los juegos de Delfos. Esas luchas poéticas se individualizaron, pero aun así les queda algo de social. He asistido a muchos de esos juegos, y tras los cantores que se enfrentan encontré siempre a dos grupos opuestos: el blanco y el negro, el indio libre y el descendiente de esclavo, el hombre y la mujer, y, por último, actualmente, cada vez más, el hombre de la ciudad y el aldeano. La estructura social traslucía bajo el juego de las rimas y de los ritmos. Lo traído de la Península Ibérica es menos la justa que los temas elegidos, que guardan aún, en pleno siglo XX, el sabor de la cultura medieval.

Un sabio francés acaba de inventar un aparato que descubre el CANCER y la TUBERCULOSIS

Un joven médico radiólogo, que frisa apenas en los 40 años, es oriundo de Mosela—Dr. Marchal—, acaba de puntualizar un método que permite descubrir y localizar rápidamente las afecciones pulmonares.

El Dr. Marchal, que inició sus trabajos hace 10 años, ha dado noticias de sus primeras labores a la Academia de Ciencias. Ha inventado un aparato difícil de construir debido a la escasez de materiales.

El paciente, sentado tranquilamente en su sillón, puede, conversando con su médico, hacer filmar las pulsaciones de sus arterias pulmonares o de su ventrículo izquierdo. Situado entre una célula radiológica y un foco de rayos X, las pulsaciones son regis-

tradas en un aparato de tipo oscilógrafo, merced a la electricidad engendrada en la célula. Esta corriente representa una fracción igual a un milionésimo de voltio.

Grabadas en la película, las pulsaciones de la arteria pulmonar o de las arteriolas permiten diferenciar las inyecciones pulmonares en sus comienzos y descubrir su estado inicial. Las curvas de un sujeto normal presentan oscilaciones regulares, en tanto que las de un enfermo se graban en una forma casi rectilínea.

El invento del Dr. Marchal podría servir igualmente a la policía para determinar las variaciones cardíacas que se producen en un acusado durante el interrogatorio, a efecto de

establecer la intensidad de sus emociones. El campo de aplicación de este descubrimiento se hace asimismo extensivo a las investigaciones de las enfermedades del corazón y a la diferenciación de los tumores y de la aneurisma.

Examinando la opacidad atómica del hígado, del bazo o del estómago y separando los átomos de calcio, de hidrógeno, etc., los tumores y las congestiones son prontamente descubiertos.

Los círculos científicos y médicos hacen hincapié en la importancia social de los trabajos del Dr. Marchal, porque—se asevera—un cáncer o una tuberculosis determinados a tiempo son fáciles de curar.